

Entraña alcazareña

LA vida ha cambiado tanto, que es difícil o acaso imposible, que las nuevas generaciones puedan apreciar los factores que han forjado nuestra personalidad. No es que a nosotros nos sea mucho más fácil, pero el haber percibido en nuestra infancia algunos detalles de la vida anterior nos permite intentar una explicación, pues por algo pasan las cosas y, como dice el insigne arabista D. Emilio García Gómez, «¿Se sabe lo que es venir de cientos de generaciones sedientas o que de tarde en tarde han bebido la baba salobre de los pozos?» Pues sedientos, hambrientos y semidesnudos estuvieron durante siglos nuestros antecesores y aunque nos tocara empezar a vivir en días de relativa prosperidad, algunos rasgos se observaban todavía, indicadores de la dureza anterior.

Imagínese lo que podría ser Alcázar sin viñas, sin estación, rodeado de tierra fuerte y seca, abandonada, cuya propiedad no le pertenecía, en un período de revueltas políticas permanentes y miseria nacional, que hacía más agobiantes los factores naturales por no permitir la utilización de recursos defensivos. El clima se imponía con gran violencia: el sol lo abrasaba todo. Se decía que achicharraba hasta a los pájaros. Bajo su efecto los pueblos parecían deshabitados, nadie salía de su escondrijo. El frío provocaba un encogimiento general, haciendo saltar hasta las piedras. La gente no podía contener los tiritones y el barro de las calles y caminos, de una vara de espesor, abría al helarse unas grietas profundísimas que hacían peligroso el tránsito. El solano y el cierzo barrían con luzia los elementos disgregados y lanzaban al espacio, días y días, nubes inmensas de polvo, dejando, el suelo descarnado, enseñando los cristales de salitre. El agua huye de la superficie como las personas y los animales siempre encerrados.

¿Qué podía hacer la gente en estas condiciones? Por añadidura, si cultivaba alguna planta se le perdía la cosecha nueve veces de cada diez e incluso quedaba expuesta al pillaje y robos, propios de ese estado que imposibilitaba hasta salir al trabajo por falta de seguridad personal, y esa lucha contra lo imposible es natural que provocara un marasmo general o conformidad con un fatalismo enervante, reduciendo la actividad al aprovechamiento elemental de lo más inmediato y propio del terreno: el yeso, el salicón, el salitre, que apenas permitirían matar el hambre.

Por añadidura, las infecciones epidémicas encontrando un medio óptimo en esas condiciones de miseria, producían con frecuencia verdaderos desastres, diezmando la población: el cólera, el tifus, las viruelas y otras enfermedades desconocidas hoy hasta de los médicos, asolaban la comarca.

Manzaneque cuenta que en la epidemia colérica de 1834, murió en Alcázar el 90 por ciento de los invadidos.

La gente huía despavorida y mis padres durante la epidemia del año 85, estuvieron todo el tiempo en la quintería de la Muela.

Todavía solían interponerse otras calamidades no menos funestas, como el hambre del año 1837, por haberse perdido totalmente la cosecha y no ser posible traer alimentos. Las personas se iban a los cementerios a acabar sus últimos días y otras murieron en sus domicilios, reduciéndose la población a unos cuatro mil habitantes.

La falta de trabajo fué absoluta, sin más salida que la misera explotación del salicón y el salitre.

Artesanos y braceros sin recursos, arrancaron las puertas, ventanas y techumbres de sus casa, para venderlas.

No es menester forzar mucho la fantasía para imaginarse el aspecto desolador de tanta